

FROM 2nd from London # 5747.

EL TELEGRAMA ZIMMERMANN

Bernardo Fernández, Bef

UNION TELEGRAM

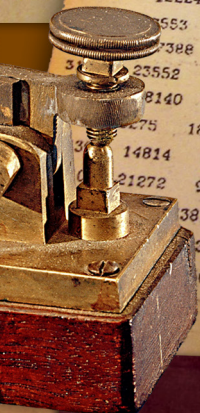
NEW YORK CALYON, PRESIDENT

via Galveston

JAN 29 1917

GERMAN LEGATION MEXICO CITY

130	13042	13401	8501	115	3528	416	17214	8491	11310
18147	18222	21500	10247	11518	23677	13605	3494	14936	
98092	5905	11311	10392	10371	0302	21290	5161	39695	
23571	17504	11269	18276	18101	0317	0228	17394	4473	
23224	22200	19452	21589	67893	5569	13918			
1333	4725	4458	5905	17100					
13850	12224	0929	14991						
	5553	67823	5270						
	7388	7440	23038						
	23552	22098	21804						
	8140	22260	5905	13					
	75	18507	52282	13					
	14814	4178	6992	878					
	21272	9348	9559	224					
	381	98092	16127						
	20	11347	1714						
	09	3670							



Revolución



WESTERN UNION

BA127 INTL=CD USNAV VIA CPR (157)

EFM MRS NL CARPENTER=

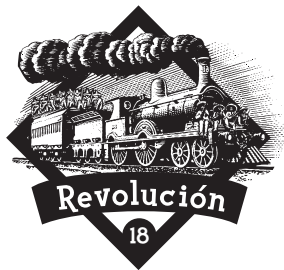
125 PINE ST HOLLISTERON MASS=

MY LOVE AND GREETINGS ON MOTHERS

YOU ALL MY LOVE=

CARPENTER.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



EL TELEGRAMA ZIMMERMANN

Bernardo Fernández, *Bef*

UNA HISTORIA QUE SE ANTOJA DIGNA DE UNA NOVELA de espías es la que rodea al famoso telegrama Zimmermann, del que sin embargo rara vez se habla en las clases de historia de la escuela.

En 1916, la Revolución mexicana aún estaba lejos de apaciguarse. Para ese momento Venustiano Carranza era el presidente de nuestro país. Grupos rebeldes encabezados por revolucionarios como Francisco *Pancho* Villa y Emiliano Zapata seguían combatiendo por todo el territorio mexicano, como lo habían venido haciendo desde 1910.

Al otro lado del océano, las cosas no parecían más sencillas. Al contrario, el llamado Viejo Continente estaba envuelto en una guerra sangrienta desde 1914.

La tensión política en Europa había crispado los ánimos de tal modo que el asesinato en Saraje-

vo del príncipe Francisco Fernando de Austria, heredero del trono del Imperio austrohúngaro (hoy desaparecido, pero que en aquel tiempo era una potencia mundial y que, como su nombre indica, abarcaba Austria y Hungría así como Yugoslavia y la antigua Checoslovaquia, entre otros), desató una serie de declaraciones de guerra en las que pronto se vieron implicadas prácticamente todas las naciones europeas.

Así, por un lado combatían Francia e Inglaterra aliadas con Rusia (cuando aún era un imperio, antes de la revolución bolchevique de 1917), y por el otro las llamadas potencias centrales, conformadas por Alemania, Austrohungría, el Imperio otomano (la actual Turquía) y Bulgaria.

Después de dos años de hostilidades, ambos bandos estaban desgastados. Los Estados Unidos se habían mantenido al margen de la guerra. Muchos observadores pensaban que sólo esperaban el momento propicio para intervenir del lado de los aliados y rematar al otro bando.

El káiser Guillermo II de Alemania y sus asesores militares buscaban desesperados alguna estrategia para debilitar a los estadounidenses antes de

que enviaran sus tropas al frente europeo. La respuesta parecía ser promover una alianza con México para iniciar una guerra desde el sur que debilitara a las tropas estadounidenses en favor de las potencias centrales.

Sin embargo, lo que en teoría sonaba como una gran idea se complicaba demasiado a la hora de llevarse a la práctica. Concretamente, los alemanes no estaban muy seguros de quién era el líder mexicano al que debían contactar.

Por un lado, el presidente Carranza, que había derrocado a Victoriano Huerta —quien traicionó a Francisco I. Madero—, parecía muy ocupado en pacificar al país y dotarlo de una nueva constitución. Por otro lado, Villa había pasado de ser un rebelde revolucionario a un bandolero perseguido por la ley, mientras que Huerta vivía exiliado en Barcelona, rumiando con amargura su derrota.

Fue precisamente Victoriano Huerta a quien los agentes secretos alemanes buscaron primero. Enviaron una delegación a su casa en Barcelona para ofrecerle una alianza militar que le ayudara a vencer a Carranza para aliarse después con los alemanes contra los estadounidenses.

Huerta aceptó gustoso y no tardó en embarcarse hacia Nueva York con el pretexto de visitar la Feria Mundial de San Francisco, ciudad a la que habría de llegar por tren. Desde el principio los espías estadounidenses e ingleses vieron con desconfianza el viaje de Huerta. Sus sospechas fueron confirmadas cuando el ex dictador se desvió en Kansas City hacia a El Paso, Texas, con la intención de cruzar la frontera y rearmar a su ejército apoyado por los alemanes.

Los planes alemanes se vieron frustrados cuando Huerta fue arrestado por el servicio secreto estadounidense antes de cruzar la frontera. Pese a sus protestas, fue encarcelado. Los estadounidenses intentaron disuadirlo ofreciéndole asilo en cualquiera de sus ciudades si cancelaba sus planes de insurrección, pero nunca contaron con la necesidad de Victoriano, quien se obstinó en llevar a cabo sus planes.

En eso estaban los estadounidenses y Victoriano Huerta cuando la muerte sorprendió a éste en la cárcel, frustrando el primer intento alemán de aliarse con México en contra de los Estados Unidos.

Sus empeños no terminaron ahí. Quisieron acercarse a Villa, quien al principio los rechazó, pero

tras la derrota de la batalla de Celaya mostró interés en escuchar las ofertas de los agentes alemanes sin comprometerse a nada.

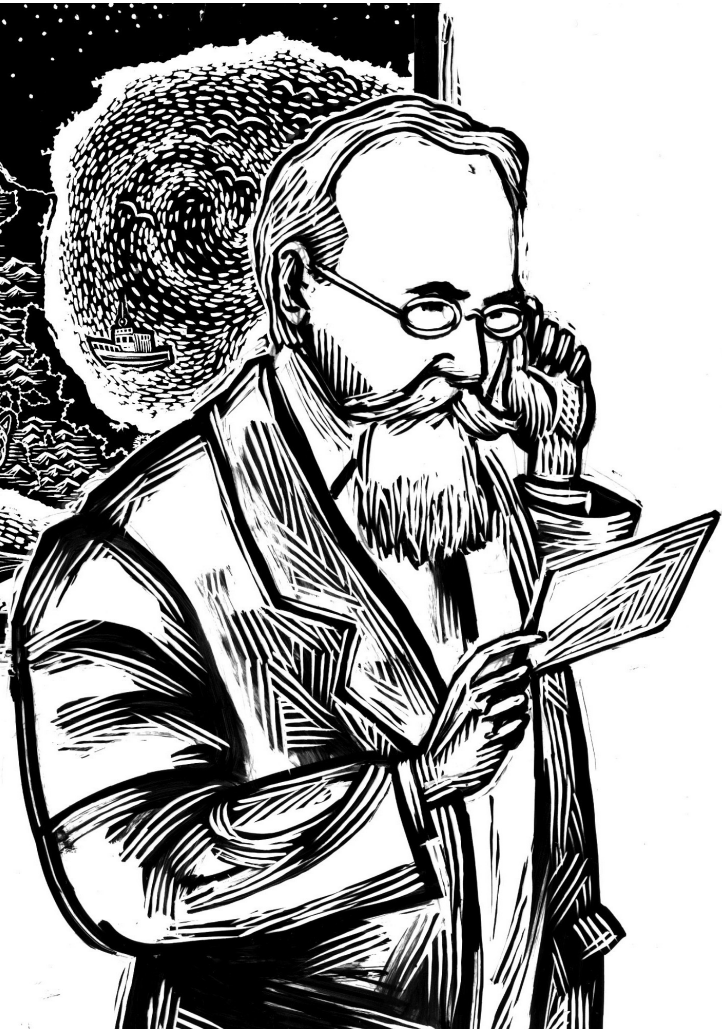
Se dice que el armamento que los alemanes pensaban destinar al ejército de Victoriano Huerta fue introducido de contrabando en México para el ejército de Pancho Villa. Al parecer las armas entraron a nuestro país escondidas en decenas de ataúdes repletos de fusiles y municiones.

Fue con ese apoyo como Villa cruzó la frontera para atacar Columbus, Nuevo México, en marzo de 1916; se trataba de una pequeña población sin mayor importancia, a la que su ejército arrasó con la fiereza que le era característica.

La reacción estadounidense no se hizo esperar; de inmediato el presidente Woodrow Wilson, que ya tenía bastantes dolores de cabeza resistiendo la presión de sus compatriotas para intervenir en el conflicto europeo, envió una expedición que se calificó de *punitiva* (es decir, de castigo) al territorio mexicano para buscar a Villa.

Al frente de la expedición iba el veterano general John J. Pershing, apodado *Black Jack* por sus amigos. La presencia de tropas estadounidenses en Mé-





xico, claramente una invasión, duró casi un año sin que logran siquiera ver a Pancho Villa o sus tropas.

Mientras tanto, los alemanes habían iniciado la guerra submarina en el océano Atlántico. Su flota había torpedeado muchos barcos aliados, entre ellos los buques ingleses *Sussex* y *Lusitania*, en cuyos hundimientos murieron algunos viajeros estadounidenses, lo cual provocó gran enojo en la opinión pública de los Estados Unidos.

Ante un escenario tan complicado, el ministro de relaciones exteriores alemán, Arthur Zimmermann, obedeciendo las órdenes del alto mando militar del káiser, telegrafió al embajador de su país en los Estados Unidos, Johann von Bernstorff, durante los primeros días de 1917.

En su mensaje, cifrado en un complicado código numérico, Zimmermann ordenaba que el embajador alemán en México, Heinrich von Eckhardt ofreciera al presidente Carranza una alianza militar con su país que, apoyada por la flota de submarinos y la ayuda de Japón, permitiría a México recuperar los territorios usurpados por los estadounidenses tras la guerra de 1847.

Von Bernstorff transmitió de inmediato el mensaje a su colega en la Ciudad de México, quien al momento se comunicó con Cándido Aguilar, secretario de relaciones exteriores del presidente Carranza que estaba casado con una de las hijas de éste.

Los alemanes no contaron con el poderoso aparato de espionaje inglés, que interceptó el telegrama y lo mandó descifrar a la oficina conocida como el Cuarto 40, donde se analizaban las comunicaciones secretas de los alemanes por expertos en criptografía, que es la técnica para descifrar mensajes secretos.

Poco antes, los técnicos del Cuarto 40 habían tenido un golpe de suerte cuando un pescador ruso cogió en sus redes un pesado libro con tapas de plomo procedente del *Magdeburg*, barco de guerra alemán hundido frente a las costas de Finlandia. El libro era un código criptográfico alemán, que, como otros similares, estaba encuadernado con placas metálicas para que se hundiera y no cayera en manos del enemigo.

Ello les permitió descifrar el telegrama, para descubrir con horror la propuesta de los alemanes a México. Si el gobierno de Carranza aceptaba, signi-

ficaría la complicación extrema del panorama internacional, que por lo menos extendería indefinidamente la guerra en Europa e impediría la entrada de los Estados Unidos a reforzar a los aliados.

Sin embargo, delatar a los alemanes no sería tan fácil. El asunto se complicaba, pues si éstos descubrieran que los ingleses poseían su código criptográfico, lo modificarían de inmediato, por lo que el servicio secreto inglés decidió asignar a uno de sus agentes en México, *Mister H*, para que robara la copia del telegrama, que debería de estar en los archivos de la empresa telegráfica Western Union de la Ciudad de México.

Era una tarea complicada para *Mister H* que, sin embargo, se facilitó enormemente cuando de manera providencial un ciudadano inglés cayó en la cárcel acusado de falsificar dinero mexicano.

Un amigo del falsificador, que coincidentemente trabajaba en Western Union, acudió en busca de la ayuda de *Mister H* para sacar a su amigo de la cárcel. Conociendo los detalles del telegrama enviado por los alemanes a Carranza, *Mister H* obtuvo la colaboración de sir Thomas Hohler, embajador inglés en México. Sus buenos oficios facilitaron la libera-

ción de su conciudadano, lo que permitió a *Mister H* cobrar el favor solicitando al empleado que le consiguiera una copia del telegrama enviado desde Washington por Von Bernstorff.

A la fecha no se sabe con claridad quién era el misterioso *Mister H*. Lo que sí se sabe es que cuando Venustiano Carranza conoció, por su yerno, el contenido del telegrama, no supo qué contestar de inmediato. Se trataba sin duda de una propuesta tentadora que le permitiría unificar al país en contra de los Estados Unidos y recuperar los territorios perdidos en 1847. Sin embargo, el riesgo de perder una guerra contra nuestro poderoso vecino era enorme.

Por si fuera poco, en ese momento, inicios de 1917, las relaciones entre México y los Estados Unidos se hallaban en un punto difícil. La presencia de la expedición punitiva de Pershing era considerada un atropello a la soberanía nacional, y sólo se logró que abandonara nuestro país tras complicadas negociaciones, al tiempo que del lado estadounidense la prensa veía con malos ojos al gobierno de Carranza, que tan poco había logrado para poner en paz el país.

Mientras el presidente mexicano se debatía en el dilema de dar una respuesta afirmativa o negativa, los agentes secretos ingleses hicieron llegar una copia descifrada del telegrama a Walter Page, embajador de los Estados Unidos en Londres, quien indignado se lo comunicó al presidente Wilson.

Por su lado, Carranza desconfiaba de los alemanes, que antes apoyaron a Victoriano Huerta. Tras mucho pensarlo, aun después de negar la existencia del telegrama ante la pregunta directa del embajador de los Estados Unidos en México, y probablemente con gran pesar, Venustiano Carranza rechazó discretamente la propuesta hecha por el gobierno de Guillermo II.

Para entonces la mecha ya estaba prendida. Cuando los periódicos estadounidenses dieron a conocer el contenido del telegrama, la opinión pública exigió al presidente Wilson la declaración de guerra a Alemania.

Fue así como pocos meses después, el 6 de abril de 1917, los Estados Unidos entraron a la primera Guerra Mundial del lado de los aliados, inclinando la balanza a favor de éstos y derrotando definitivamente a las potencias centrales en noviembre de 1918. México quedó fuera del conflicto.

¿Qué habría sucedido si Venustiano Carranza hubiera aceptado la oferta alemana? Es imposible saberlo; lo único cierto es que mientras la guerra siguió en Europa, el proceso revolucionario en México aún tardaría varios años en asentarse. Carranza habría de ser traicionado y asesinado tras la insurrección de Álvaro Obregón.

Pero si el presidente mexicano consideró con seriedad en algún momento la propuesta del káiser alemán, si acaso sintió la tentación de ofrecer a nuestro país la oportunidad irrepetible de recuperar los territorios perdidos setenta años antes, si su corazón se aceleró mientras su yerno, el secretario Cándido Aguilar, le daba a conocer el contenido del telegrama en la oficina presidencial del Castillo de Chapultepec, y si durante algunos segundos soñó con ondear de nuevo la bandera mexicana en nuestros territorios arrancados, si todo aquello pasó por su mente en los primeros días de 1917, su decisión se mantuvo en los límites racionales que le dictaron sus asesores y su propia conciencia.

Y si por un momento acarició el delirio del triunfo, tuvo la firmeza de darle la espalda y seguir, muy a su pesar, el rumbo de la historia.



Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin y David Lara,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

